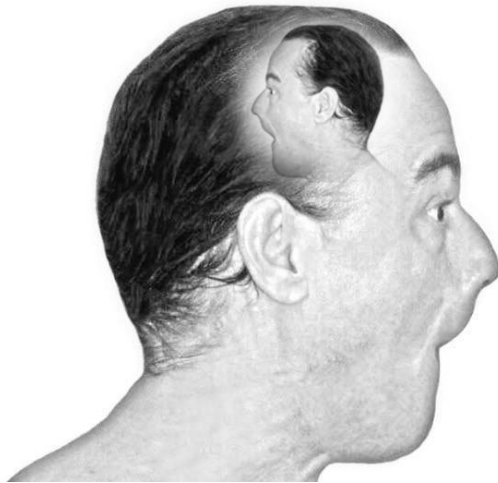


REFLEJOS DE NADIE



Mi conciencia y Yo



En algún lugar de ninguna parte...

I

Desperté habiendo cumplido un año más. Y mi habitación seguía estando ahí: **cinco paredes regulares**. Cinco paredes levantadas en un piso casi vacío de muebles. Una gran ventana abría uno de los muros, y la luz del exterior me despertaba todas las mañanas con la misma sensación: vivir encerrado entre cinco paredes, **mi habitación**.

Sin levantar la cabeza de la almohada miré en todas las direcciones; todo era del color de la leche: las paredes desnudas, la puerta cerrada, el entarimado artificialmente blanqueado, una silla en el centro del pentágono, la vestimenta que colgaba en ella, la cama y las sábanas. Frente a mí, a la izquierda y pegada a la pared, estaba situada una mesilla que sostenía el único color no blanco de la estancia: un pequeño joyero de cristal de transparencias rosadas en forma de un prisma pentagonal.

Me alcé de la cama. Me vestí. Me calcé los zapatos blancos. Me erguí y, estirando la indumentaria, sentí indiferencia con todo. Abotoné la chaqueta y me dirigí hacia la ventana para abrir sus hojas y la celosía. El cielo había amanecido vestido de blanco gris; abajo, en el jardín, el agua caída durante la noche reflejaba el blanco sucio del cielo. Cerré la ventana y giré la manija. Volví la cabeza hacia el interior; sólo atendí a lo único que era perceptible en la habitación: el joyero. Elevé el prisma cristalino hasta la altura de mis ojos, viéndome reflejado en la cara que abría. Del interior extraje “algo” que me llevé a la boca. Cerré la tapa reflectante haciendo un guiño a mi reflejo. Seguidamente, dejé el joyero en su sitio al lado de una vela y una caja blanca de cerillas.

Abrí la puerta de la habitación y me encaminé hacia la ciudad. Iba a recoger un autorretrato que hacía un mes había dejado en una tienda de molduras para que fuese enmarcado. Para ese día de mi cumpleaños había pensado contemplarme en mi pintura, y experimentar las fuerzas ocultas de ese “algo” que había ingerido. Llegué a la zona vieja y no supe hallar el establecimiento: era como si nunca hubiera existido. De repente, mientras andaba sin saber adónde ir, me vi expuesto en un escaparate: mi imagen estaba encerrada en un precioso marco entallado de color blanco. No era la tienda que buscaba, pero allí estaba yo. Entré, pagué el encargo, y salí por la puerta con un envoltorio blanco bajo el brazo.

No quise retardarme en mi camino de vuelta: “algo” estaba operando dentro de mí. Anduve presto por una calle angosta que atravesaba una avenida peatonal por uno de los extremos. Mientras la cruzaba, vi a la muchedumbre que iba y venía. Me quedé paralizado al ver a un tipo que, vestido totalmente de blanco y portando un objeto rectangular bajo el brazo, me estaba observando desde el otro extremo de la avenida. Comenzamos a andar el uno hacia el otro sorteando a los viandantes, manteniendo una mirada escrutadora mientras nos íbamos acercando. Cuando quise darme cuenta, el mundo había desaparecido. Estuvimos durante un lapso eterno frente a frente, en medio de la nada. Me hizo un guiño ofreciéndome su “presente”. Yo le correspondí, sin saber porqué, con mi autorretrato que, por otra parte, podría haber sido perfectamente el suyo.

El hombre y su semejante se cruzan. Y ahora, dándose ambos la espalda, cada uno marcha hacia delante siguiendo su camino.